

ligero sueño, le fué quitado el mando. El coronel del Estado Mayor de Escobedo á quien mas adelante ví, me dijo que ni uno solo de mis hombres hubiera vuelto, á haberme que dado yo diez minutos mas en las calles donde estaban las dos barricadas.

### ESFUERZOS PARA ESCAPARSE.

---

En la tarde del 3 de Abril fuí llamado al lado del Emperador. Habia recibido malas nuevas que eran doblemente desagradables, pues faltaban dos dias para que se cumpliera el plazo en que Márquez habia prometido estar de regreso. Mensajero alguno habia llegado de él, y esto era mas sorprendente, puesto que Márquez mas que nadie se encontraba en estado de enviar noticias, pues podia contar con todos los clérigos que habia entre México y Querétaro. El Emperador comenzó á abrigar sospechas de Márquez, mas cuando algunas palabras se le escapaban á ese efecto, se contenia y decia: "No, no, eso es imposible!"

Nuestras provisiones lo mismo que el parque comenzaban ya á escasearse, y el Emperador no podia menos que confesar que nuestra posicion se hacia mas y mas embarazosa.

Recibir noticias de Márquez parecia ser la cosa esencial y el Emperador me mandó consultase con el general Méndez, cómo hacer esto. Para este fin teniamos que comprar

espías, y Méndez se encontró á una mujer, á un indio y á un oficial. Este último si tenia feliz éxito, debia de ser promovido y condecorado; los otros dos debian recibir gratificaciones considerables. Ninguno de ellos volvió y nunca oimos decir cuál fué su destino.

Durante la noche del 4 al 5 de Abril, el enemigo intentó uno de sus ataques infructuosos contra el puente. El Emperador visitó las trincheras enteramente solo, y en la tarde del 5 le acompañé á dar un paseo á caballo á lo largo de nuestras líneas.

El 5 de Abril era el dia que á mas tardar habia fijado Márquez para su regreso, mas no tuvimos ningunas nuevas de él. En la ciudad, sin embargo, se circuló un rumor sobre que habia sido derrotado, mas como esto no se podia investigar de una fuente segura, se consideró ser una invencion de los enemigos de nuestra causa en Querétaro.

El 8 de Abril hubo gran escitacion en la Cruz, pues se habia avisado que se movian masas de tropas enemigas sobre la Cuesta China, y hácia Celaya, y se creia que se acercaba Márquez; pero desgraciadamente no era este el caso.

Bajo estas circunstancias se tuvo un consejo de guerra el 2 de Abril, en el que se hicieron varias proposiciones. Una de ellas era la de romper y pasar por medio de todo el ejército enemigo; mas á esto se opuso Méndez, el cual dijo que tanto como se podia fiar de sus tropas en accion no respondia por ellas en una retirada peligrosa. Despues de esto, todos los generales, menos Miramon, propusieron que el Emperador solo, y con la caballería, rompiera la línea, y se fuera á la Sierra Gorda.

La Sierra Gorda son unas montañas salvajes, á cosa de

ocho leguas nor-este de Querétaro. Están cruzadas de desfiladeros que son de tal naturaleza que no permiten entrada á un ejército si están bien defendidos por unos cuantos hombres. Varios ejércitos de los liberales que se aventuraron á entrar en la Sierra Gorda fueron aniquilados allí en años pasados. Este país salvaje fué la cuna del general Mejía; aquí era rey absoluto y mas popular que ninguno: toda criatura india conocia á Papá Tomasito, y á su primera llamada todo hombre tomaba las armas.

En este distrito tenia aun al general Olvera el Emperador, con mil ó mil doscientos hombres, y allí se podia haber quedado meses enteros para aguardar mejor fortuna ó para hacer preparativos para llegar á la Costa: pero el Emperador declaró que «esto era contra su honor, abandonar al ejército, y que preferiria morir antes de hacerlo así.» Miramon dijo que aun se podia mantener la Ciudad por largo tiempo, y que podiamos aguardar á Márquez; el Emperador era de su opinion, pues Márquez tenia que volver y como de un momento á otro podia llegar, el Emperador resolvió efectuar un ataque tan pronto como fuere posible contra la garita de México tomarla y ocuparla, con el objeto de sostener á Márquez al momento, en el caso que viniere por la Cuesta China.

Al mismo tiempo se tomaron medidas para proveer parque y provisiones, lo que se hizo con bastante éxito, pues el general Castillo encontró algunos depósitos ocultos, y el general Arellano fabricó municiones con mucho ingenio y destreza. Todo el azufre y nitro que habia en la ciudad fué confiscado, aun aquel que tenian en las boticas. El techo de plomo del teatro y las campanas de las iglesias fueron respectivamente trasformadas en balas de fusil y de

cañon. Se hicieron cápsulas de un papel tieso y con mucha limpieza, surtieron perfectamente bien como que el tiempo estaba siempre seco.

Las pendencias entre Miramon y Méndez eran otra causa de temores. Méndez aseguraba que Miramon no estaba de buena fé con el Emperador, y solo trabajaba para sus propios y ambiciosos fines. Llamó mi atención al hecho que Miramon había quitado recientemente á varios oficiales que eran enteramente adictos al Emperador, y los había reemplazado con personas que pertenecían á su partido.

Cuando el día 10 me hallaba en camino para hacer una visita al Emperador, el general Méndez repentinamente me preguntó:

—«Está vd. de buena fé con el Emperador?»

—«Vaya una pregunta!» le contesté. «Por supuesto que sí lo estoy.»

—«Pues bien, continuó. Entonces dígame vd. de mi parte que haga por salirse lo mas pronto posible de su ratonera, y que se precaba de Miramon. Yo soy indio y el Emperador conoce la fidelidad y adhesión de los indios para con él. Mejía y yo conduciremos en salvo al Emperador á la Sierra Gorda, adonde tendrá su libre voluntad, podrá hacer lo que guste. Si no siguiere este consejo. puede estar seguro de que á todos nos fusilarán.»

Cuando ví al Emperador le repetí literalmente todo lo que me había dicha Méndez, pero solo me contestó: «El *pequeño gordito* calcula sumamente triste el estado de nuestros negocios, aunque creo que sus intenciones son buenas.»

Para no verse obligado á pronunciar nombres en la conversación conmigo, que podían oírse, el Emperador tenía la costumbre de sustituir ciertos apodos cuyo sentido solo á

nosotros era conocido. A Méndez se le llamaba *el pequeño gordito*; á Miramon, *el joven general*; á Mejía, *el pequeño negrito*; y á Castillo, *el honrado*; etc.

El Emperador me comunicó que mandaría por Miramon para arreglar con él un ataque contra la garita, mas no tenía una idea que á consecuencia del urgentísimo consejo de Miramon debía este tener lugar á la mañana siguiente. Pero cuando durante la noche recibí una carta autógrafa de Miramon que contenía la orden para que estuviese con los cazadores en la Cruz á las tres de la mañana siguiente, al momento supe con qué fin se me había mandado esta orden. Mandé que los cazadores fuesen al instante reemplazados en las trincheras, por dos compañías del 2º de línea, y di órdenes para que estuvieran listos á las dos de la mañana siguiente.

Cuando comuniqué á Méndez mi orden, se sonrió de una manera peculiar, y dijo: «Por qué siempre ha de ser vd. y los cazadores?» No podía menos que extrañar esto igualmente, abrigando una sospecha de que Miramon tal vez se alegraría de deshacerse de mí, conociendo mi adhesión al Emperador.

Poco despues llegó el Mayor Pitner y me comunicó que los cazadores se hallaban sumamente descontentos. Decían que siempre habían cumplido con su deber, y que lo hacían aun con gusto; pero no le parecía justo que siempre sirviesen de «carnaza para los cañones». Contesté al mayor que no podía hacer presente al Emperador semejantes quejas momentos antes de un combate, pero que mas tarde lo haría yo, si los cazadores cumplieran con su deber, como de costumbre.

El día 11 de Abril, á las tres de la mañana, estaba con

los cazadores en la Cruz, adonde me hice presente al general Castillo. Tras de mi entró el Emperador y poco mas tarde Miramon. Este último, Castillo y yo nos hallábamos sentados al rededor de una mesa con un mapa delante, mientras tanto el Emperador se paseaba de arriba abajo fumando un puro. Miramon tomó la palabra y me dijo: «Atacará vd. la garita de México, la tomará y la mantendrá vd. Daré á vd. uno de los mejores batallones, el 1º de línea mandado por el bizarro coronel Cevallos. Con los cazadores como vanguardia; saldrá vd. de la Cruz por la tronera de la batería que está al flanco izquierdo y tomará vd. el camino que conduce bajo el acueducto á la garita. Cerca de ese camino y de este lado del acueducto, está una casa ocupada por el enemigo, la que tomará vd. Despues de esto marchará vd. contra la garita de México y la tomará por asalto. Hasta donde he sabido, creo que encontrará vd. allí cuatro piezas y tres batallones del enemigo. Su flanco derecho estará cubierto por el regimiento de la Emperatriz bajo el mando del coronel Gonzalez, y los húsares á las órdenes del capitán Pawlowski, quienes marcharán por el camino que conduce á la garita.»

Una mirada al mapa mostrará á cualesquiera, aun á una persona que no entienda mucho de operaciones militares, que estas disposiciones eran sumamente defectuosas. Por lo tanto me tomé la libertad de observar al general Miramon, que un ataque por dos batallones contra cuatro cañones y tres batallones en un puesto fuerte, seria una empresa algo difícil, y propuse que se me permitiese el avanzar por el camino que se le designaba á la caballería. Fuerzas de infantería podian cubrir mi flanco izquierdo marchando por el camino de allí, y la caballería proteger mi derecha

moviéndose por otro camino que conduce á la garita pasada la capilla de San Francisquito.

El general Miramon dijo, no obstante, que no tenia mas infantería á su disposicion, y que siguiese yo las instrucciones dadas.

El general Castillo que todavía vive, recordará esta conversacion. Miramon me dijo que lo aguardara hasta que me diera la orden para avanzar. Coloqué mis tropas tras la de la batería en la estremidad Nordeste de la plaza de la Cruz la que solo estaba ocupada por una pieza de treinta y seis. Despues de una demora bastante larga, vino Miramon y tuvimos que marchar de uno en fila por la tronera del cañon. Cuando hube llegado con sable en mano, ví al Emperador parado allí con el codo apoyado en el parapeto.—«Salm» me dijo, «de deseo á vd. toda felicidad con todo mi corazon; Dios le proteja á vd!»

El tono con que pronunció estas palabras jamás se me olvidará. Me enfervorizó el corazon y me sentia elevado con la idea de que mi Emperador tan altamente venerado, se interesaba en mi persona y se mostraba inquieto por mi vida.

Cuando formé mis tropas para el ataque al otro lado de la batería, se tocaba ya «diana» en el campamento enemigo, y era demasiado tarde para sorprenderle. Ignoro por qué me hizo aguardar tanto Miramon. Mandando como vanguardia á una compañía de cazadores me seguí yo con el coronel Cevallos y el mayor Pitner con el resto de los cazadores, mientras tanto el primer batallon de línea cubria la retaguardia.

Cuando llegamos á la casa mencionada en mis instrucciones, por supuesto nos hicieron fuego desde allí; pero la

primera compañía logró tomarla despues de una lijera resistencia. A mi derecha estaba el acueducto que conduce la agua del declive oriental de la Cuesta China á la Cruz, pero que parte habia sido destruido por el enemigo en los primeros dias de su llegada. Este acueducto es un monumento magnífico de los tiempos de la conquista. Tiene cosa de mil y quinientos métrros de largo y sus hermosos arcos alcanzan en varias partes la altura de ciento cincuenta piés. Pasando debajo de este acueducto por el camino que conduce á la garita, nos hicieron fuego á mano izquierda, en donde vimos una muralla sumamente fuerte con troneras, perteneciente á una hacienda frente al edificio de la garita al otro lado del camino. Como no habia modo de escalar la pared se originó una lucha muy singular por las troneras que tenian igual altura por ambos lados de la pared. Uno de los cazadores perdió su fusil al introducirlo por una tronera, y nuestros hombres se hicieron de dos fusiles de la misma manera.

En esta vez se distinguió mi alsaciano grandemente, haciendo honor á su nombre de «Muth» (valor). Metió su bayoneta en todas las troneras, y animados mis hombres con este ejemplo, hicieron fuego por las troneras sobre los defensores de dentro del corral.

Mientras de esta manera estábamos ocupados, recibimos repentinamente un fuego muy nutrido de la azotea de la garita y otros edificios. Los cazadores que ante su vista no tenian mas que paredes, y que no se hallaban en su acostumbrado buen humor, se acercaron mucho á la pared y el mayor Pitner en vano se esforzó con su elocuencia para quitarlos de allí. Por lo tanto, supliqué al coronel Cevallos avanzase con su primera compañía á mi dere-

cha, y viendo que esto se efectuaba, los cazadores los siguieron de costado. El fuego con el que se les recibió era sin embargo tan nutrido, que pronto hicieron parada. Bajo estas circunstancias, el coronel Cevallos, el mayor Pitner y yo saltamos á la cabeza de la línea para alentar á nuestra gente, pero solo nos siguieron los tenientes La Roche, Alfonso Marie de los cazadores, mi ayudante y sombra Montecon, el sargento conde Enrique Pototski, Muth, mi criado y cosa de ocho ó diez hombres, parte de ellos de los cazadores y parte del primer batallon de línea.

Nuestra pequeña partida avanzó hasta que llegamos á un fortin en la esquina del edificio de la hacienda que estaba unido á la muralla de las troneras. Aquí cayó el mayor Pitner á mis piés, su sangre salpicándome las botas; le pegaron en la cabeza, pero aunque se quedó atarantado por algun tiempo, no estaba herido de muerte.

Mientras dos cazadores se llevaban al mayor, y yo estaba consultando con Cevallos lo que seria mejor hacer, uno de los del enemigo metió su fusil por una tronera que estaba tras de mí y me apuntó á la cabeza que la tenia solo á unas cuantas pulgadas de distancia de la boca del cañon. El teniente Alfonso Marie observó esto, y tuvo la presencia de ánimo suficiente para agarrarme del pescuezo y echarme al suelo, en ese momento se disparó el tiro. Ciertamente me salvó la vida, y por ello fué condecorado ese mismo dia por el Emperador.

Nuestras tropas no querian avanzar contra fuerzas tan superiores del enemigo protegidas por murallas de piedra que no podian asaltar. El coronel Cevallos y yo resolvimos aunque contra nuestra voluntad el retirarnos, lo que se efectuó con mucho orden, bajo el mortífero fuego del

enemigo. Durante esta retirada fueron gravemente heridos los tenientes La Roche y conde Pototski. Una compañía de los cazadores, bajo el mando del capitán Avisar, el que fué muerto días después, formaba nuestra retaguardia. Nos llevamos á todos nuestras heridos, pero dejamos á los muertos.

Cuando volví á la Cruz encontré al Emperador, á quien le manifesté mi sentimiento de que nuestro ataque no hubiera tenido un éxito feliz. Bondadosamente contestó: «Me alegro por lo menos de que haya vuelto vd.; desde el principio dudaba del éxito.» Mas tarde me dijo que había estado muy inquieto por mí, y cuando llevaron al mayor herido, al principio había creído que era yo.

El Emperador me llevó consigo á su cuarto y me dió el permiso para que me expresase sin restricción alguna tocante á Miramon. Le expliqué los defectos de las instrucciones dadas por él, y le dije de la manera que me había dejado á la buena ventura, en el ataque del día 1º de Abril sobre San Gregorio.

El Emperador me contestó: «Bueno, pero es necesario que contemporicemos ahora. Cuando esté afuera de esta ratonera yo cambiaré todo y lo haré bueno.» Me invitó para la comida, á la que igualmente asistió López.

A las cinco de la tarde acompañé al Emperador para visitar los hospitales. Nos dirigimos al lecho del jóven conde Pototski cuya pierna derecha había sido amputada por el Dr. Basch. El conde que era un jóven de diez y nueve años, estremadamente buen mozo, había tomado parte en la última insurrección polaca, bajo Langiewitz, había huido de su patria y alistándose como un particular en los cazadores bajo un nombre supuesto, lo que solo se descubrió

mas tarde. Cuando el Emperador expresó su sentimiento al verlo que estaba tan mal herido, una sonrisa de satisfacción iluminó el semblante del pobre jóven, el que se encontraba sumamente postrado á consecuencia de la amputación. El Emperador lo nombró teniente y le dió la Cruz de Guadalupe, la que solo era usada por oficiales. El jóven herido, besó primero la mano del Emperador y después la Cruz. No obstante el mayor cuidado el jóven conde murió pocos días después, apretando en su moribunda mano y contra su corazón la preciosa cruz.

Durante la noche del 11 al 12 de Abril, de nuevo visitó las líneas el Emperador acompañado solo del coronel López.

El enemigo debe haber recibido parque, pues bombardearon la Cruz á la mañana siguiente, con una energía no usual y durante todo el día tuvieron lugar escaramuzas en toda la línea. Las provisiones empezaban á escasearse en la ciudad. Los infelices habitantes vivían exclusivamente con maíz, pero las tropas recibían aun con regularidad, además del maíz y carne de caballo ó de mula, café y de vez en cuando aguardiente. Los caballos de la caballería y las mulas de la artillería solo tenían la mitad de las pasturas de costumbre, menos los del regimiento de la Emperatriz y húsares, que se consideraban como una especie de guardia imperial, y que estaban alojados muy cerca, en el meson de la Cruz, lo mismo que la Guardia de Corps mexicana compuesta de los hombres mas intrépidos que habían sido escogidos de entre toda la caballería mexicana y mandados por el coronel Campos, partidario de Vidaurri.

Cuando Campos y yo estábamos almorzando con el Emperador, el criado solo nos trajo medio pollo asado, un